

El pacto con Abraham: Abraham, nuestro padre

Si usted es judío, cristiano o musulmán, Abraham es su padre espiritual, porque usted recuerda al Señor y cree en él (ver Gén. 15: 6). Si siente temor del futuro y le resulta difícil ver más allá de las nubes durante su vida en esta tierra, Abraham es su padre, porque Dios es su «escudo», él es su futuro (vers. 1). Si tiene dudas sobre Dios, si lo cuestiona todo y piensa que sus promesas son fábulas; si solo confía en lo que ve y en lo que tiene en este momento, Abraham es su padre. Esto es así porque, mucho antes de que usted existiera, Abraham también dudó y cuestionó muchas cosas, y puso su confianza solo en el presente (vers. 2; Gén. 17: 17). Si es de las «muchas naciones» que nunca han oído hablar de Abraham, entonces él es su padre espiritual, porque Abraham es el «padre de una multitud de naciones» (Gén. 17: 5, NVI).

Esto quiere decir que cualquiera puede decir: «Abraham es mi padre», porque la fe de Abraham implica más que pertenecer a un pueblo, una tradición o una comunidad religiosa (Juan 8: 39). La frase: «Abraham, nuestro padre», es más que una referencia a nuestros antepasados, porque se hace hincapié en *Abraham* y no en *nuestros* padres. No está relacionado con el orgullo étnico, la identificación cultural o una experiencia mística de la élite privilegiada; tampoco se hace para obtener algún beneficio económico o político.

La fe de Abraham implica luchar con la duda y entender que la respuesta no está en nosotros, sino en Dios, quien será el encargado de hacer el trabajo: él obrará a nuestro favor. Es el serio descubrimiento de la gracia que se esconde en la risa de Dios, que es el significado del nombre de Isaac (Gén. 17: 19). Es la seguridad del pacto de sangre de Dios (Gén. 15: 17, 18; 17: 7-12), en el que se fundamenta y se nutre nuestra esperanza.

Sin embargo, la fe de Abraham es más que creer en Dios. También abarca el cuidado ético y la preocupación por los seres humanos: por nuestros familiares cercanos, como Abraham y su sobrino Lot; y por los que están lejos, aún por aquellos que son extraños en el mundo, como en el caso de la relación de Abraham con el rey pagano Abimelec (Gén. 20: 17).

La lucha de la fe

En respuesta a las palabras de aliento de Dios y su promesa de darle un futuro, Abram hace referencia al verdadero estado en que se encuentra: «No me has dado hijos» (Gén. 15: 2, RV1995). El adjetivo *'ariri*, «sin hijos», que Abram usa para describir su situación significa «despojado» o «desamparado» y expresa sus sentimientos de desesperanza. Abram se queja porque Dios no le ha «dado» «descendencia» (vers. 3); en hebreo, «descendencia» se expresa con la palabra *zera'*, que también significa «simiente». La queja sugiere que Abram le está echando la culpa a Dios

solapadamente por no cumplir su promesa mesiánica (Gén. 3:15; cf. Gén. 12: 7).

El diálogo entre Dios y Abram muestra una dinámica interesante. Sorprendentemente, la fe finalmente se desarrolla como resultado de este intercambio, de este «dimes y diretes» entre las dudas humanas y la seguridad divina. Hay una misteriosa relación de tensión entre estos polos opuestos: si dudamos y buscamos, pero no encontramos, no creeremos. Si dudamos y no buscamos, pero encontramos, no creeremos. Pero si dudamos, buscamos y encontramos, creeremos.

Las palabras de la promesa de Dios para Abram: *zerá' yetse' mim' eyja*, «el que saldrá de tus entrañas» (Gén. 15: 4, RVA), las repetirá más adelante el profeta Natán al explicar a David sobre el futuro rey mesiánico (2 Sam. 7: 12). La expresión hebrea *me'eyka*, «de tus entrañas», se refiere más precisamente a las partes internas del cuerpo encargadas de la procreación (Gén. 25: 23; Isa. 48: 19; 49: 1). La conexión intertextual entre estos dos pasajes bíblicos sugiere que el presente texto está esencialmente relacionado con la simiente mesiánica, que debería provenir del propio cuerpo de Abram. Por lo tanto, el gran número de sus descendientes, ilustrado por la infinita cantidad de estrellas en los cielos, debe entenderse en relación con la simiente mesiánica (ver Gén. 15: 5). Abram ya había escuchado la misma promesa en Ur: «Y serán benditas en ti [*bejá*, refiriéndose concretamente al cuerpo de Abram] todas las familias de la tierra» (Gén. 12: 3).

La visión mesiánica de Dios como el futuro de Abram le inspira fe en su propio futuro: «Abram creyó a Jehová» (Gén. 15: 6). Después de haber visto las estrellas en el cielo como una ilustración de la promesa divina, Abram creyó. El verbo hebreo *he'emin*, «creyó», denota más que un proceso sentimental o intelectual, como lo expresa el verbo «creer» en español. Significa más que una mera referencia a un credo o una creencia religiosa, o a la aptitud ingenua de «tragarse» cualquier cuento. En hebreo, la palabra «creer» es más histórico y relacional, como lo sugiere su raíz *'aman*: algo «firme», «confiable»; de donde también proviene la palabra *amén*

con la que concluimos nuestras oraciones. La preposición *be* («en», «sobre») que viene luego del verbo, denota la base de su fe. Confiando plenamente en Dios, Abram «creyó» que tendría descendencia. Este tipo de creencia, esta fe, Dios se la «contó» como «justicia» (vers. 6).

Dios es el sujeto que acompaña al verbo «contó», ya que la palabra *Dios* lo antecede de manera inmediata. Esta interpretación la confirma el uso de la forma pasiva divina (*nifal*) del mismo verbo *wejasheb*, le fue «contado», «imputado», en la misma expresión idiomática utilizada en otros textos (Lev. 7: 18; cf. Sal. 106: 31) que también tienen a Dios como sujeto. En otras palabras, Dios le «contó» esta fe como si tuviera el mismo *valor* que la justicia. No son los esfuerzos ni las obras humanas los que producen justicia; la justicia es un regalo de Dios.

Desde una perspectiva bíblica, la «justicia» (*tsedaqah*) es una cualidad divina específica (Isa. 45: 24; Dan. 9: 7) y, como tal, solo puede ser un regalo de Dios para los seres humanos (Deut. 6: 25; 24: 13; Sal. 24: 5; Isa. 45: 24). Lo que hace justo a Abram no es la suma o la calidad de sus obras, sino su disposición a confiar en las obras de Dios a su favor (Rom. 4: 2-4). La religión bíblica tiene que ver más con lo que Dios hace por nosotros, que con lo que nosotros hacemos por él. Es por eso que la fe bíblica se basa más en recibir de Dios, que en lo que le podemos dar. Esta verdad se deja escuchar en la risa de Dios.

La risa de Dios

En las culturas religiosas, y quizás particularmente en el contexto cristiano, donde el sufrimiento y la muerte juegan un papel importante, la risa puede considerarse inoportuna, e incluso en algunas oportunidades puede llegar a desterrarse. Una vez escuché a un profesor devoto advertir contra esta natural expresión humana y asociarla con el diablo. Por lo tanto, a algunas personas puede resultarles sorprendente y hasta perturbador descubrir que la risa

está presente en las Sagradas Escrituras, y más aún si está asociada con la promesa de salvación de Dios.

Lo cierto es que la risa aparece tres veces en el contexto de la salvación. Tres personas: Abraham, Sara y Dios, se ríen. Y sus carcajadas tienen algo en común: todas giran en torno al nacimiento de Isaac, que es un antecesor del Mesías. Sin embargo, cada una de sus risas resuenan con una nota de verdad diferente.

La risa significa oración (en el caso de Abraham). La primera aparición bíblica de la risa ocurre cuando Abraham escucha la intención de Dios de cambiar el nombre de su esposa Sarai, que significa «mi princesa», por el de Sara, que significa «la princesa» (Gén. 17: 15). El cambio de nombre de Sara es paralelo al cambio de nombre de Abraham (véase el vers. 5). Su estatus real ahora se expande a todas las naciones, incluyendo las naciones futuras. De la misma manera, el nombre *Abram*, que significa literalmente «padre supremo» en referencia a sus contemporáneos, es cambiado a *abraham*, que significa «padre de muchas naciones», que también es una referencia al futuro (vers. 5). Sara se convertirá en una *matriarca*, la madre de una gran familia, así como Abraham será un *patriarca*, el padre de un gran clan. A Abraham, el nuevo estatus de Sarai (Sara) le produce risa: «Entonces Abraham se postró sobre su rostro, y se rio» (vers. 17).

Abraham se ríe durante su postración, en una expresión física de su sometimiento a la decisión anticultural de Dios, pero también en una señal de su asombro. Significativamente, la risa de Abraham va seguida de una pregunta que se refiere a la imposibilidad del procedimiento: «¿Y Sara, ya de noventa años, habrá de concebir?» (vers. 17). Esta interrogante no es una señal de duda, como muchas veces se interpreta. Abraham sabe que todo es posible para Dios (Gén. 18: 14; cf. Jer. 32: 17; Mat. 19: 26). La risa de Abraham se debe tomar como una expresión de asombro, como una emoción más en sintonía con la actitud y el espíritu de oración.

Cuando Abraham piensa en Ismael y ora para que él sea considerado el hijo del pacto en lugar de un hijo de Sara (Gén. 17: 18),

no es porque dude de la capacidad de Dios para realizar un milagro. No está tratando de buscar una forma diplomática de ayudar a Dios. Se trata más de un asunto de impaciencia. Abraham le pide a Dios que haga de Ismael el transmisor de la simiente mesiánica, porque quiere abrazar al hijo de la simiente ya. Abraham sigue siendo Abram, un hombre del presente.

La risa significa temor de Dios (en el caso de Sara). La Biblia también nos dice que Sara tuvo su propio episodio de risa, como resultado de su razonamiento riguroso y lógico, arraigado en su estado biológico y la de su marido: «¿Después que he envejecido, tendré deleite, siendo también mi señor ya viejo?» (Gén. 18: 12). Al igual que Abraham, Sara se siente prisionera de su realidad fisiológica. Necesita una respuesta que le dé sentido a este proceso antinatural. Debemos tener en cuenta que la risa de Sara, al igual que la de Abraham, es una pregunta. Ella no está diciendo que lo que Dios tiene planificado es imposible; no duda de la capacidad de Dios para hacerlo. Por el contrario, está reconociendo y abrazando lo sobrenatural. Sara se ríe porque teme a Dios. Como Abraham, se asombra ante aquello que la supera. Es a la luz de este entorno particular que se debe decodificar la risa de Sara. Aunque se había «reído para sus adentros» (vers. 12), sus pensamientos más íntimos eran del conocimiento del Visitante misterioso, a pesar de que este se encontraba de espaldas a la tienda y no podía verla (vers. 10) y de que ella negó haberse reído (vers. 14, 15). Esta habilidad excepcional del visitante les demuestra a Abraham y Sara que están en la presencia del Señor. De hecho, por primera vez, el texto declara explícitamente que es el Señor quien habla (vers. 13). El narrador bíblico que relata el caso, revela el pensamiento íntimo de ella mientras se reía: «Tuvo miedo» (vers. 15).

Una lectura superficial podría tomar este análisis psicológico como una crítica al comportamiento inapropiado de Sara. Sin embargo, el verbo hebreo *yare 'ah*, «temer», apunta en otra dirección. Es la palabra técnica que se usa para indicar el temor de Dios, que tiene una connotación de reverencia y forma parte de la

respuesta humana a esa Presencia trascendente en todos los ámbitos de la vida (Deut. 10: 12, 13).

La risa significa gracia (en el caso de Dios). Finalmente, Dios responde a la risa de Abraham y Sara con el regalo de su propia risa. A la risa de Abraham, Dios responde con el nombre de Isaac, que significa «Él [Dios] se ríe». Esta interpretación está respaldada por la onomástica bíblica, es decir, la gramática hebrea de los nombres. Las formas gramaticales de los nombres bíblicos a menudo se hacen en imperfecto, lo que implica que Dios es el sujeto. Además, por lo general son *teóforos*: contienen el nombre de Dios. El Salmo 2 resuena con este significado ya que usa la palabra *yitskhaq*, «Él se ríe» (el nombre fonético de Isaac), para referirse a Dios: «El que se sienta en los cielos se reirá [*yitskhaq*]; el Señor» (vers. 4, traducción del autor).

A la risa de Sara, Dios responde con el regalo de su risa: «Dios me ha hecho reír» (Gén. 21: 6). La risa, entonces, expresa el milagro irónico de la gracia de Dios. Con Isaac, «Dios se ríe», Dios tiene la última palabra. El que ríe de último ríe mejor.

El pacto de sangre

Para aclarar el significado de su pacto con Abraham, Dios usa dos rituales que eran una práctica común en el antiguo Cercano Oriente: el sacrificio de animales y la circuncisión de todo hijo varón. Sin embargo, las dos ceremonias están investidas de una nueva connotación. Mientras que en las culturas del antiguo Cercano Oriente los sacrificios se ofrecían como un regalo del hombre a los dioses, lo que indica un movimiento ascendente; Abraham ofreció sus sacrificios como una expresión de fe en que Dios lo salvaría, mostrando así un movimiento descendente.

Los sacrificios ceremoniales ilustran el proceso redentor de ese pacto. Dios, representado por la «antorcha encendida», pasa entre los pedazos de los animales (Gén. 15: 17). Al igual que el pacto con Noé, el pacto de Dios con Abram es unilateral (vers. 18; Gén. 9: 12). El pacto de Dios con Abraham incluye el regalo de la tierra

y la simiente mesiánica. La promesa se refiere proféticamente a los acontecimientos futuros de la esclavitud en Egipto, el Éxodo y la conquista de la tierra (Gén. 15: 13, 14). La descripción de la tierra prometida se refiere, sin embargo, a algo más que al país terrenal de Canaán. La tierra prometida tiene la misma geografía que el jardín del Edén, con los mismos límites que van desde el Éufrates hasta el Nilo (cf. Gén. 2: 11-14). Más allá de la promesa terrenal de la tierra, «también vio Abraham la tierra restaurada a su belleza edénica, que se le daría a él para siempre, como pleno y final cumplimiento de la promesa».¹

El texto que habla de la ceremonia de la circuncisión (Gén. 17: 2-27), la «señal del pacto» (vers. 11), es paralelo al texto que habla de la ceremonia del sacrificio (Gén. 15: 2-21), sugiriendo nuevamente el proceso redentor de la salvación a través del derramamiento de sangre, que se entendía en la categoría de los sacrificios. En el antiguo Cercano Oriente, la circuncisión era una simple ceremonia o iniciación matrimonial; sin embargo, en el pacto de Abraham, la circuncisión se convierte en la señal de la extraordinaria relación conyugal de Dios con su pueblo.

De la religión a la ética

El pacto vertical entre Dios y Abraham tuvo un efecto poderoso en la relación horizontal entre Abraham y otros seres humanos. Por ejemplo, Abraham le ruega a Dios que perdone a los habitantes inicuos de Sodoma por el bien de los justos: «¿Destruirás también al justo con el impío?» (Gén. 18: 23). Dios escucha la súplica de Abraham hasta que alcanza el límite de diez: «No la destruiré [...] por amor a los diez» (vers. 32).

En otra ocasión, Abraham ora por Abimelec, un hombre que no pertenecía a su familia. Durante el transcurso del viaje de Abraham hacia el sur, miente sobre Sara, haciéndola pasar por su hermana. En consecuencia, Abimelec, el rey de la provincia de Gerar,

1. Elena G. de White, *Patriarcas y profetas*, cap. 12, p. 116.

que encuentra a Sara hermosa, decide quedarse con ella. Dios se revela al rey en un sueño y le advierte que si toca a Sara, será castigado y morirá. Abimelec se enferma y todas sus mujeres quedan estériles (Gén. 20: 18). Entonces suplica a Dios que lo salve porque es inocente: «Matarás también al inocente?» (vers. 4). Pero Dios no puede perdonar a Abimelec mientras no resuelva su problema con Abraham y Sara. El mismo principio está implícito en el Padrenuestro: «Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mat. 6: 12).

El comportamiento de Abimelec es un ejemplo primitivo de apego a las leyes morales de la Biblia, que nos exhortan a reunirnos con nuestro prójimo para perdonarlo y abstenernos de guardarle rencor (Lev. 19: 17; cf. Mat. 18: 15).

Finalmente, Abraham ora por Abimelec y toda su casa (Gén. 20: 7, 17), haciendo de su religión algo más que palabras piadosas y sacrificios a Dios. La experiencia de salvación de Abraham lo vuelve sensible a la injusticia, la desdicha humana y el sufrimiento. Su fe en Dios se manifiesta en su conexión horizontal con la humanidad: «Practicar la justicia, amar la misericordia» (Miq. 6: 8, NVI) y «visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones» (Sant. 1: 27).

